CONTINUAR LUCHANDO

los acontecimientos de 1932 y la matanza organizada por el dictador Hernández Martínez. Se abrió entonces una historia de violencia y represión ininterrumpida, que parece que llegar a su fin gracias al heroísmo y patriotismo del FMLN.

Del libro de Roque Dalton reproducimos el relato sobre el fusilamiento de Miguel Mármol.

en el grupo al saberse de plano que no teníamos salvación, los policías comenzaron a repartir culatazos e insultos. Para qué toda aquella crueldad si todos estábamos amarrados como si fuéramos tamales de azúcar. A Serafín y G. Martínez le rompieron la boca y los dientes con el cañón de un fusil. Al fin paramos en un lugar bien oscuro que corresponde al cantón El Matazano, jurisdicción de Soyapango. Había entonces un camino vecinal de tierra, muy polvoriento.

La luna brillaba en el cielo, pero los árboles hacían que el lugar permaneciera oculto en la oscurana. Nos bajaron a todos del camión a punta de culata. Yo me tiré como pude y quedé como sembrado en el suelo y llegó un policía a ayudarme y me quitó el sombrero de un manotazo. Pero yo le putié en firme y él se retiró y no me siguió jodiendo. Cuando me incorporé al grupo, sacaron de él a empellones a Bonilla y a Bondanza y los pusieron contra el paredón. Serafín Martínez, con la boca todo llena de saguanza y de pedazos de dientes le decía al Capitán Alvarenga que no mataran a Navas, porque tenía cinco hijos. Era una gran alma Serafín. Pero yo que siempre he sido bruto y endiablado, le dije en voz alta: «No les pida nada a estos hijos de puta, que a matarnos han venido». Los faros del camión iluminaban la escena. Quince policías se formaron en pelotón de fusilamiento, mientras los otros dos y el chofer y el jefe nos apuntaban a nosotros. El jefe dio la voz de: «Preparen, Apunten y Fuego» casi de una sola vez. Digo yo que por los nervios. Pero la tropa estaba muy nerviosa también y de la primera descarga sólo hirieron levemente a nuestros dos compañeros. Con al segunda descarga los hirieron bien, pero los compañeros no cayeron, aguantaron a pie firme los bergazos, aunque en la cara se les vio la muerte. En veces sueño todavía con sus gestos. Bondanza gritó: «¡Viva el Partido Comunista!» La tercera descarga fue certera y los dos se desplomaron. El Capitán Alvarenga preguntó: «A ver, ¿quién es el que quiere morir ahora?» «Yo» -grité, y di un paso al frente. El pelotón de fusilamiento estaba a un lado del camino y el paredón estaba del otro. Los policías sudaban, a pesar del frío de verano. Todo el cuerpo me picaba y yo no me podía rascar por el amarre de los brazos. Comencé a atravesar el camino, cuando oí una voz serena: «A la par del camarada Mármol moriré yo». Era el ruso. Como pudimos nos estrechamos la mano dándonos las espaldas y juntándonos, y nos pusimos frente al paredón con actitud altiva. El jefe dio la voz de mando y nos vino encima la primera descarga. No nos tocaron y yo pensé que eso era por puro joder, por prolongarle a uno el martirio. «Ni a tirar bien han aprendido, cabrones -les dije, con calma. Los policías todavía nos tiraron dos descargas más, que sólo nos rozaron, y el Capitán Alvarenga comenzó a putearlos. A la cuarta descarga sí me hirieron, a la altura del pecho, pero felizmente no de adelante para atrás sino de lado, por la postura que adopté al sonar la voz de «¡Fuego!» Los tiros me atravesaron la tetilla y el brazo izquierdos. Para mí la herida fue sabrosa, pues al salirme la sangre a borbotones se me alivió la presión que las ataduras de los brazos me hacían. Yo no me acordé ni de bajar santos del cielo ni de nada. De mi madre sí me acordé. Pero más que todo, no sé por qué, aún allí y en aquella situación, yo sentía que iba a salir de aquel lío, que no me iba a morir allí. De todas maneras caí, pataleando por la fuerza de los impactos. El ruso no cayó, aunque fue herido también, en el pecho o en un hombro. Cuando unos policías del pelotón llegaron a ayudarme a incorporar, ya yo estaba otra vez de pie. «Puta -les dije- así no vamos a terminar nunca». No sé de dónde me salía aquella serenidad, aquel sentimiento de invulnerabilidad. Vino otra descarga. Aquí sí me dieron bien. Sentí varios golpes en el cuerpo y un como timbrazo, un como golpe eléctrico en toda la cabeza. Después vi una luz intensa y perdí el sentido. Al despertar estaba de bruces, manando sangre de la cabeza. Mi pensamiento estaba claro. El cuerpo del ruso estaba sobre el mío y todavía goteaba sangre caliente. Cerré los ojos e hice lo posible por respirar sin ruido, aunque me salía sangre por la nariz. Oí que el camión calentaba el motor, pero lo peor vino cuando pude oír que el bandido del Capitán Alvarenga ordenaba que le dieran el tiro de gracia a cualquier cuerpo que diera señales de vida. A Bonilla y a Bondanza los encontraron todavía vivos. Oí la voz de Bondanza que decía: «Mátennos de una vez hijos de puta, con un horror de tiros». Bonilla gritó: «Viva la Internacional Comunista, Viva el Partido Comunista Salvadoreño, Viva la Unión Soviética, Viva el camarada Stalin, Muera el General Martínez!» Y Bondanza contestaba. A mí me dieron ganas de contestar también, pero me contuve. Los policías los insultaron y les dispararon repetidas veces. Luego llegaron hasta donde yo estaba tendido. Levantaron el cuerpo del ruso, que no dio señales de vida. Un policía me iba a tirar a mí, oí cómo el cerrojo del fusil cortó el cartucho, pero el otro dijo: «Eso es gastar pólvora en zopes ¿no ves que tiene los sesos de fuera? Lo que podemos ver es si tiene dinero.» Al ruso, después me di cuenta, un balazo en la frente le había abierto la cabeza y le había saltado los sesos y parte de la masa de sus sesos me cayó a mí en la cabeza y parecía que eran mis sesos salidos por las heridas sesgadas que tenía en ambas sienes. Me rompieron el pantalón buscando pisto. Yo sólo tenía ochenta centavos que era lo que me había quedado después de que mandé al traidor Escobar a comprar guaro. El capitán Alvarenga ordenó que le cortaran las pitas de amarre a todos los cadáveres, para que los enterradores los pudieran arrastrar mejor a la fosa al día siguiente. Entonces fue que machetearon todo el cadáver del Granillo. Luego siguieron cortando los amarres a puros machetazos. Me hirieron seriamente en los dedos y en el brazo que de todas maneras ya tenía muerto por las heridas de la fusilada. Entonces se fueron por fin. Para mí había pasado los siglos y había vuelto a nacer. Cuando oí el camión bastante lejos, me incorporé dificultosamente y fui a ver si no había algún otro camarada vivo como yo. Todos estaban bien muertos. Me llevé el sombrero café, nuevecito, de Serafín G. Martínez, porque nunca me he acostumbrado a andar sin sombrero.

A duras penas y con la sensación de estar naciendo de nuevo, comencé a alejarme del lugar.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.